

Introducción

Recibí el encargo una soleada mañana de abril saliendo de la sala de actos del Centro Metropolitano Tecla Sala, después de aquellas convocatorias que las bibliotecas de l'Hospitalet hacen cada dos años para presentar el volumen recopilatorio de libros y artículos que hacemos la gente de l'Hospitalet que escribe. Allí nos vemos, periódicamente, aquellos que no coincidimos en ningún otro lugar y aquellos que compartimos entidades y contactos diversos. Yo, con Jaume Valls, solía coincidir y aún coincidimos, en actos un poco inesperados, pero también en los habituales. Siempre que nos hemos visto, hemos tenido unos momentos de charla, y cuando hemos coincidido en el Tecla Sala lo he acompañado a su casa de Bellvitge en coche, porque él suele utilizar el metro y yo necesito el vehículo para desplazarme a mi casa. Aquella mañana soleada de abril nos hicieron la foto colectiva de rigor en la rampa de entrada al Centro Cultural y no recuerdo si antes o después, si mientras salíamos por el vestíbulo o mientras descendíamos la rampa, Jaume me habló de hacer un libro recopilatorio de su vida, de sus experiencias, de sus dedicaciones. "Lo que hicimos puede ser

vir como experiencia para los que vendrán. Y además, así podría explicar unas cuantas cosas que todavía no se han explicado y que pueden ser útiles".

Desde que publiqué mi primera novela en 1999, no ha habido año que no haya intentado sacar un libro. Una especie de desquite por la cantidad de años perdidos haciendo cosas que se ha llevado el viento. Así que, aunque no he acabado de atreverme a cerrar textos largos, siempre tengo entre manos algún trabajo que me entretiene y que me absorbe. La propuesta, interesante, suponía sin embargo un imprevisto en el mar de proyectos en el que me movía, pero a Jaume —y a otros cuantos— jamás he sabido decirle que no. "Tienes que escribirlo tu. Nos vemos, yo te explico, tu me grabas si quieres o tomas notas, te dejo documentos. En fin... no te voy a quitar mucho tiempo. No tiene que ser una cosa demasiado larga. Si quieres, lo intentamos..."

Le dije que adelante, antes de llegar al coche, o sea que no le hizo falta insistirme mucho, pero le indiqué que tenía un par de cosas entre manos,

que yo seguía trabajando para vivir y que tampoco disponía de todo el tiempo del mundo. No quedó muy convencido de que el proyecto llegara a buen puerto. Y yo tampoco, pero nos despedimos con la misma cordialidad de siempre y la sensación de que el compromiso estaba sellado y de que ni a él ni a mi el proyecto nos iba a dejar dormir, por tiempo que pasara.

No recuerdo la fecha exacta del encargo ni cuanto tiempo pasó desde ese día hasta la tarde en que nos sentamos frente a frente en el comedor de su casa para empezar este trabajo que hoy tienes en las manos, querido lector. Solo sé que entre aquel día y este de ahora en que ha visto por fin la luz, yo he publicado cuatro o cinco libros, de modo que tienen que haber pasado otros tantos años. Nos vimos un montón de veces, siempre en el modesto comedor de su casa o en la mesa de la cocina. Yo grababa y tomaba notas y cuando volvía le dejaba los folios escritos para que los repasara, me llevaba los corregidos y se los volvía a entregar. Ese ritual duró meses, como podrá comprender el lector.

Conocí a Jaume Valls en su casa de Bellvitge en el año 1973 o 1974. Fui con mi colega Enric Company porque estábamos escribiendo algo sobre algún conflicto obrero, él en *Tele/Exprés* y yo en el *Diario de Barcelona*. Para él era un viejo conocido, pero para mi era el primer trabajador comprometido de verdad que conocía después de haber leído unos cuantos libros sobre la historia del movimiento obrero mientras estudiaba Historia en la Universidad de Barcelona. Los libros hablaban de líderes obreros, de gente combativa, pero nosotros los jóvenes de entonces, solo veíamos gente combativa en la Universidad, no en las fábricas.

De modo que tener delante a un obrero que organizaba huelgas y que se comprometía contra la dictadura, fue un acontecimiento insólito en aquel mundo de silencios y represalias. Yo era hijo de un obrero, pero en mi casa jamás se habló de reivindicaciones ni de protestas. Mi padre tenía un horario excesivo y un salario de miseria, pero jamás le oí quejarse. Recuerdo, cuando ya estaba en la Universidad, sacar a colación los logros de la Segunda República en mis conversaciones en casa y obtener por parte de mi padre respuestas críticas sobre el fanatismo de las ideologías y el peligro de los compromisos políticos. Los obreros que yo respiraba eran personas que habían sufrido la confrontación en la República y el miedo en la Guerra, que no querían hablar de política y que todavía querían menos que sus hijos se involucraran en aquello que consideraban un riesgo.

Jaume Valls llevaba todavía la aureola de la huelga de la Residencia del año 1971 y desde entonces se convirtió, para mi, y para muchos de nosotros, en la imagen del compromiso revolucionario. Mi vida como periodista en la realidad antifranquista de l'Hospitalet se alimentó mucho de ese clima de resistencia que se iba abriendo a medida que el régimen declinaba, y Jaume Valls jamás nos defraudó. Si alguien estaba siempre en primera línea, manteniendo firmes sus convicciones, ese era él. Con él, en los primeros tiempos, José Fariñas, Dolors Calvet, Clara Parramon, Mercé Olivares y Felip Gómez, Antonio Ruiz, José Carrasco, Carmen Díaz... y más tarde, Marcelino Sánchez, Amalia Arquillo, Tomás Martínez, Mariano Aragón, José Ferrero, Mercé Romans, Vicenç Ventura, Paco Bello, Javier Nuin, Jordi Agulló, Xavier Gol, Salva Pastor, José Medina,

Pepe Gutiérrez, Pep Ribas y muchísimos otros que me dejo, seguro, y que lamento mucho no citar porque se lo merecen igual.

En mi largo periplo como redactor de periódicos, me especialicé en lo que entonces se llamaba Laboral y que ya no se estila. Era el encargado del mundo del trabajo, mucho más que del mundo de la economía. Eso vino luego. Ahora los periodistas económicos hablan de las empresas. En aquella época, los periodistas de Laboral hablábamos de los conflictos, de los obreros, de los sindicatos, de modo que establecimos hondos lazos con los dirigentes obreros y nos familiarizamos bastante con sus cuitas. Cuando nació Comisiones Obreras en l'Hospitalet, como sindicato organizado, aquello se convirtió en mi segunda casa y Jaume Valls y Antonio Ruiz en mi gente de confianza.

Cuando yo me integré en el PSUC, por la vía táctica de la identidad de objetivos incluso más que por el vínculo ideológico o político, la gente del movimiento obrero eran mi norte. Cuando, a través de mi elección como secretario político de la Agrupación Centre-Sant Josep, me incorporé al Comité Local, se acentuaron todavía más mis vínculos con Valls y Ruiz y con Mariano Aragón y Santi Díaz, de modo que cuando se iniciaron los perfiles de la ruptura, mi adscripción estaba cantada. No tuve apenas tiempo de tomar partido, porque entré en el PSUC en el 76 y me marché en el 79, pero estuviera donde estuviese, los míos fueron siempre unos, y no los otros.

Luego me dediqué en cuerpo y alma a mi profesión, pero siempre mantuve con Valls y los suyos, especialmente los que fueron de los

suyos eternamente, una franca relación de camaradería y amistad, aunque estuviéramos lejos en las actividades mutuas. Cuando Jaume en alguna ocasión me pidió que le ayudara no tuve reparos. En este libro se citan algunas ocasiones puntuales: me pidió una comunicación para un Congreso sobre Antifranquismo de la CCEPC, el guión de un discurso —que luego ajustó a lo que quería decir— que pronunció en el pleno municipal de 1997 y algunos otros escritos de respuesta puntual a cuestiones diversas... Jamás me negué, con la misma argumentación usada para aceptar el encargo de estas memorias: mi pluma siempre estará al servicio de quienes son todo generosidad y entrega. Unos aprendimos a escribir, con la misma tenacidad y un algo de audacia, con que otros aprendieron a rebelarse.

Fueron pasando las semanas y se nos distanciaron los encuentros. Trabajos puntuales míos ponían obstáculos al progreso del libro en cuestión, casi al mismo ritmo que las lagunas de memoria en Jaume, las cuales, pese a su constancia por mantenerse activo física y mentalmente, tampoco nos facilitaban avanzar. Yo me di cuenta y él se dio cuenta y entonces optó por una fórmula que resultaría a la postre infalible: me volcó todos sus manuscritos y todos sus documentos para que yo, pacientemente, echara a andar. Yo tuve paciencia, pero quien verdaderamente demostró una paciencia a raudales fue él. A lo largo de diversas semanas, llevó a casa de mi hija a l'Hospitalet, decenas de carpetas, más o menos dispuestas, centenares de documentos, fotografías, escritos diversos. Ocupé durante meses una mesa entera organizando el material, adecuándolo a lo que habíamos ha-

blado, a veces de manera fortuita, parcial, en las múltiples entrevistas que yo le había hecho. Pensábamos igual en muchas cosas, teníamos los mismos criterios acerca de otras y sabíamos en lo que discrepábamos y dónde teníamos matices. Yo seguí con la redacción del libro durante semanas. Unas veces avanzaba más deprisa, otras más lento. De cuando en cuando, Jaume me llamaba por teléfono para preguntarme si me podía ayudar, si hacía falta que nos viéramos. Yo le explicaba cómo iba llevando la cuestión, dónde encontraba obstáculos, por qué tenía que seguir consultando papeles.

A finales de 2019 me enteré casualmente que había tenido un ictus. Me alarmé porque un ictus a su edad acostumbra a provocar problemas invalidantes, pero el susto se me pasó cuando él mismo me explicó que fue una cosa pasajera y cuando Agustina, su mujer me comentó que, dentro de los achaques habituales, seguía bien.

Tres meses más tarde le llamé yo. Acabábamos de empezar el confinamiento por coronavirus y quería saber cómo lo llevaba. Pero le llamaba también por otra razón todavía más importante. Para darle una buena noticia, para decirle que estaba en los últimos retoques de redacción y que le iba a enviar el libro para que lo corrigiese, excepto algunas páginas que todavía debía pulir. Y para conjurarnos a una reunión, larga, en la que debíamos seleccionar las fotografías y los documentos que teníamos que reproducir. Ese día hablé con una de sus hijas para explicarle el procedimiento. Seguramente Jaume querría añadir muchas cosas y quizás eliminar algunas, pero era imprescindible que ella le animara a poner

coto. A mi me parecía que el libro debía aparecer antes del verano para celebrar con todo merecimiento los 90 años de vida de este hombre singular.

No reconoceréis la voz de Jaume en la redacción del libro. No tengo dudas, pero tampoco tengo dudas de que reconoceréis sus ideas, sus anhelos, sus esperanzas, sus sueños. El libro es el fruto de muchas horas de conocimiento mutuo y de mi reconocimiento hacía su valía personal. De muchas horas de conversaciones largas a lo largo de muchos años. En el libro habla él, pero de sus palabras se desprende lo que ambos pensamos sobre muchas cosas.

Para mi ha sido una tremenda satisfacción que pudiera leer, corregir y ampliar el texto y que el libro responda a las expectativas creadas. Se podría haber hecho mejor, sin duda, pero no con mejor espíritu y voluntad. Jaume ha demostrado ser una gran persona, pero también lo es su mujer, Agustina, y sus hijas y nietos. Así que, terminado el trabajo, mantengo una deuda de gratitud hacia ellos. Confiaron en mi, y no se pone una intensa vida de trabajos, sacrificios y anhelos en las manos de un periodista si no tienes en su trabajo y en su persona la convicción del resultado. El libro estuvo en peligro muchas veces, como lo estuvo su protagonista. Pero al igual que su protagonista, supo salir adelante y, en definitiva, triunfar (están triunfando sus ideas, su ejemplo), el libro ha sido un espejo del biografiado: otro milagro de la perseverancia, al que la izquierda de verdad le debe tanto.

Este es también un libro de historia. De la historia de unos años en un contexto particular

pero no es un libro de historia al uso, porque en este libro, la historia está condicionada por la experiencia del protagonista y no es el sujeto, sino la circunstancia, el contexto. Por eso existen necesariamente lagunas y unos acontecimientos tienen más voz que otros que quizás fueron más importantes en el relato colectivo, pero mucho menos en el particular. Pido disculpas de antemano por los muchos olvidos existentes y también por los errores, que deben ser variados y no solo de matiz. Errores y olvidos nos pertenecen a ambos, al redactor y al narrador, solo que el redactor, con más tiempo y con menos dis-

persión, los tendría que haber subsanado convenientemente.

Ahorrarle, por lo tanto, cualquier responsabilidad al biografiado y adjudicarla por completo al que lo trasladó al papel. Por lo demás, el libro quizás cumpla la misión de hacer balance que, en última instancia, es lo que se pide de unas memorias. El reflejo de una vida, de unos ideales. El reflejo de haber hecho, al servicio de unas convicciones irrenunciables, "todo lo que pudo".

Jesús A. Vila